

GUY DE MAUPASSANT.

Fuerte como la muerte,- 1889

por Philippe Gille

«No se sabe el francés, no se habla, no se escribe sin saber cantidad de otras cosas que forman parte de lo que antaño se llamaba: *el hombre honrado*. La lengua francesa soporta mal la mentira. Para hablar francés hay que tener en el alma un fondo de nobleza y sinceridad; un alma vil, un alma mentirosa, un alma celosa o incluso simplemente turbulenta, nunca hablará completamente bien la lengua de los Bossuet, de los Fénelon, de los Sévigné, de los Corneille, de los Racine; poseerá algunas notas, pero nunca el teclado.»

Este hermoso comentario de Louis Veuillot contra aquellos que, so pretexto de renovación, atacan en este momento la lengua francesa y parecen tratar de hacer de ella un incomprensible dialecto, me ha venido a la memoria tras la lectura de la obra del Sr. de Maupassant. Es en efecto por la claridad de las ideas y de las palabras como destaca el autor de tantas bellas y sólidas páginas. No busca los medios de plasmar las imágenes impregnadas en su cerebro ni en los diccionarios del pasado, ni en los de lenguas extranjeras; es en el único repertorios de nuestros grandes escritores como encuentra el medio para pintar sus cuadros, encantadores sobre todo por la fidelidad, todos los colores hasta los matices más delicados; como su pensamiento es siempre claro, de un contorno muy definido, no ha tenido necesidad de artificios de lenguaje para disimular sus imperfecciones; él lo muestra francamente, tal como es, sin demasiada preocupación por el revestimiento, porque sabe que su estructura es impecable.

Es precisamente por ese respeto a la lengua como el Sr de Maupassant ha conquistado el lugar que ocupa, todavía joven, en las letras; ¿eso quiere decir que haya alcanzado la perfección? sería demasiado aventurar, pero lo que se puede afirmar sin demasiada presunción en ser profético, es que él es uno de los muy escasos escritores de hoy en día, sino el único cuyas obras tendrán la fortuna de entrar en el próximos siglo. No es necesario un gran bagaje para llegar lejos, algunas veces incluso es un estorbo, y pienso que bastará al Sr. de Maupassant mostrar un volumen de sus relatos para que la posteridad no le sea esquiva. No quiero sin embargo menospreciar en absoluto sus novelas; también tienen un valor muy real y los lectores encontrarán la prueba de ello en *Fuerte como la muerte*.

Dicho esto, comenzaré el análisis del nuevo libro del Sr. Guy de Maupassant por una cita que indicará, mejor de lo que yo podría expresar, la delicada trama sobre la que ha edificado su novela. Se trata de la madre y la hija:

Olivier Bertin, a fuerza de verlas juntas y compararlas sin cesar, llegaba casi a confundirlas. Alguna vez, cuando la joven le hablaba estando él mirando a otra parte, tenía que preguntarse cuál de ellas había hablado, y en muchas ocasiones se entretenía en jugar con aquella equivocación siempre que estaban los tres solos en el salón de tapicería Luís XV.

Cerraba los ojos y les rogaba que le hiciesen una después de otra la misma pregunta, y cambiasen después el orden de las interrogaciones con objeto de ver si las conocía por la voz.

Y de tal modo se adiestraban ellas en modular iguales entonaciones y decir iguales frases con el mismo acento, que muchas veces no adivinaba Oliver. Y, realmente, pronunciaban de un modo tan igual, que con frecuencia decían

los criados “señora” a Anita, y “señorita” a la condesa.

Con la costumbre de imitarse y copiar los movimientos por diversión, adquirieron semejanza tal de actitudes y gestos, que el mismo Guilleroy, al verlas pasar por la parte oscura del salón, solía preguntar: «Anita, ¿eres tú o es tu mamá? »

Aquel parecido natural y buscado hizo nacer en el espíritu del pintor la rara impresión de un ser doble, antiguo y nuevo, conocido e ignorado: de dos cuerpos hechos uno después de otro con la misma carne, de una mujer rejuvenecida y vuelta a lo que fue. Y vivía entre ambas, compartiéndose entre las dos, conmovido, inquieto, sintiendo reverdecir por la madre su antiguo amor, y como cubriendo a la hija con misteriosa ternura.

Puede adivinarse en lo que habría podido derivar este tema en una novela escrita por un espíritu grosero, por uno de nuestros demasiado numerosos naturalistas de última hora; no hubiese dejado de contarnos concienzudamente todos los detalles de la caída de la madre y nos hubiese descrito extraños “escalofríos de nuca” escoltados “de ¡sedientas debilidades de la carne! sin olvidar “los olores húmedos”, los más variados y los más repugnantes. El Sr. Guy de Maupassant no ha tenido necesidad de recurrir a tales extremos, y es con una pluma, que yo incluso diría casta, como nos ha descrito todas las fases de esas dos pasiones por la misma mujer en dos criaturas. Escapando a esta banal combinación que consiste en asignar brutalmente el mismo amante a la madre y a la hija, el autor, mediante graduaciones de una extrema delicadeza, ha conducido al lector hasta la propia alma de su protagonista, y lo ha hecho asistir poco a poco a todas sus sorpresas ante lo insólito de la naciente pasión, a todas sus luchas, a todas sus desesperaciones.

Los protagonistas del Sr. de Maupassant son seres inteligentes que no se entregan como brutos al primer estremecimiento de la carne, sino que se defienden de toda depravación moral hasta la muerte. Pues Olivier Bertin muere, llevando con él más allá de la vida un amor que él mismo reprueba e ignora por aquella que lo había inspirado. Mi intención no es analizar página a página este libro que, para mí, encierra como un espécimen todas las cualidades literarias del Sr. de Maupassant. Al lado del estudio psicológico se plantean otros estudios, materiales éstos, tomados de lo vivo con la fidelidad de un instrumento de precisión guiado por un gran artista.

El Sr. de Maupassant percibe unas imágenes instantáneas: en un guiño de ojos recibe una impresión que no parece de entrada más que un aspecto del objeto reproducido: mirada desde más cerca, tomando una lupa, encontrareis, en los que considerabais un simple croquis, todos los detalles de la naturaleza, con su movimiento y su encanto. Por ejemplo, este retrato de la condesa Anne de Guilleroy:

No era una niña, pero si todavía hermosa; de regular estatura, bien constituida, fresca, con la morbidez que da a la carne de cuarenta años un sabor de madurez; parecía una de esas rosas que se abren indefinidamente hasta que cansadas de florecer se marchitan en una hora.

Y más adelante, ese dibujo exquisito de una chiquilla jugando al tenis:

Enfadada por perder siempre, se excitaba Anita, gritaba de despecho o de alegría, corría impetuosamente de un lado a otro de su campo, y muchas veces en la carrera caían los bucles de sus cabellos sobre sus hombros. Se los recogía con la raqueta entre las rodillas, y en pocos segundos, con movimiento impaciente, los sujetaba con horquillas en el peinado.

Es a la vez todo el encanto, toda la elegancia de la naturaleza; en cinco líneas el novelista ha erigido una encantadora estatuilla. No puedo sustraerme al placer de señalar aún, entre esas vistas instantáneas, ese pequeño cuadro representando un perdiguero molestando a tres vacas:

Había en la pradera tres gruesas vacas hartas de hierba y fatigadas por el calor, y descansaban acostadas sobre las costillas, saliente la panza por la presión del suelo. Un perdiguero iba de una a otra ladrando con fingida cólera y dando locas carreras; era fino, blanco y canela, con grandes orejas que abanicaban a cada salto, y procuraba hacer levantar a las tres vacas que no se prestaban a ello. Aquel juego de obligar a levantar a las vacas cada vez que se echaban debía

ser el preferido del perro. Las vacas no se intimidaban y lo miraban con sus ojos saltones y se volvían para seguir sus carreras.

Imposible pintar mejor, nada más que con palabras. Este poder de observación del ser, de su forma, de su movimiento, el arte de traducir, está en posesión del Sr. de Maupassant también en el orden psicológico, y eso sin armarse de palabras diciéndose novedosas, únicamente por el uso inteligente, racional, de nuestra bella lengua. Pinta todo lo que encuentra a su paso, y los ávidos de documentos encontrarán de todo en su libro; no faltan los motivos parisinos; hay un paseo por el Bosque, una visita a la exposición, al Parque Monceau, a la casa Ledoyem a los baños turcos de Hamman, a la Opera, al círculo, al café de Embajadores, por todas partes, y siempre con la verdad de las vistas instantáneas de las que hablaba antes. Haciendo camino, tomo como ejemplo esta encantadora definición del círculo parisino:

El Círculo es una familia, es la familia de los que aún no la tienen, de los que no la tendrán y de los que se aburren con la suya.

Paso páginas y llego a aquellas que me parecen las más bellas del libro. La condesa presiente que los años han transcurrido y que la seducción de la juventud y la belleza pertenecen a partir de ahora a su hija; ésta es, sin dudar, su rival, y la pobre mujer, culpable y castigada, quiere luchar contra esos años tan temidos:

Ella se sentía un alma fresca y viva, el corazón joven, la savia de un ser que empieza a vivir, el ansia insaciable de la felicidad más voraz que antes y necesidad devoradora de amar.

Y todas estas cosas dulces, deliciosas y poéticas que embellecen y hacen amable la vida, se alejaban de ella porque envejecía. Se acabó todo, y sin embargo sentía dentro de sí sus ternuras de niña y sus apasionados arranques de joven. Sólo

había envejecido su carne, su miserable piel, esa envoltura de los huesos que poco a poco se marchita y arruga como la tela sobre el mueble. El fantasma de su decadencia se había aferrado a ella y había llegado a ser un sufrimiento físico.

La idea de la vejez había determinado una sensación activa y perceptible como la del calor o el frío. Creía sentir como una vaga invasión la marcha lenta de las arrugas en la frente, el hundimiento de la piel en las mejillas y la garganta, y la multiplicación de esos innumerables estragos que decoloran el cutis. A semejanza de quien se ve atacado de una enfermedad devoradora y a quien constante prurito obliga a rascarse, el terror de aquel aborrecido trabajo del tiempo

la ponía en la necesidad de verse en los espejos. La atraían obligándola a acercarse con la mirada fija, ver una y cien veces y palpar con la punta del dedo para asegurarse mejor del paso imborrable del tiempo. Esto fue primeramente una obsesión imborrable en que caía cada vez que en su casa o fuera percibía la temible superficie del cristal azogado; se detenía en la acera para mirarse en los escaparates de las tiendas y permanecía pegada a los vidrios con que los tenderos adornaban sus portadas; llegó a ser aquello una enfermedad de poseída. Llevaba en el bolsillo una cajita de marfil para polvos de arroz, grande como una nuez, en cuyo interior tenía un espejito diminuto, y muchas veces sin dejar de andar lo levantaba a la altura de los ojos y se miraba.

.....

No podía dormir cuando se acostaba; encendía una luz y permanecía con los ojos abiertos, considerando que los insomnios y los disgustos apresuraban la obra del tiempo; escuchaba en el silencio de la noche el “tic-tac” de su reloj, que parecía murmurar monótona y regularmente: – ¡Más! ¡Más! – y su corazón se dolía de tal modo con aquel sufrimiento que lloraba de desesperación mordiendo la sábana.

Antes tuvo, como todos, noción de los años que pasaban y los cambios que traían, y como todos también se había dicho cada invierno, cada verano o cada primavera: “He cambiado mucho desde el años pasado”. Pero seguía hermosa, con pequeña diferencia, y no se inquietaba. Al presente, en vez de hacer constar tranquilamente la marcha lenta de las estaciones, acababa de descubrir y comprender la fuga formidable de los momentos, se le había revelado súbitamente aquel deslizamiento de las horas, aquella carrera imperceptible, enloquecedora cuando se piensa en ella, aquel desfile infinito de segundos que derrumbaban el cuerpo y la vida humanos.

Hay que tratar de evitar siempre comparara a un escritor con otro, no más que un pintor con otro pintor; cada uno tiene su propio valor; pero no puedo impedir, en presencia de todos estos detalles tan poderosos, tan auténticos, tan desesperados del suplicio de una mujer, pensar en los más hermosos fragmentos de Balzac. No veo en ellos imitación en absoluto, ninguna reminiscencia, pero quiero decir que leyendo este estudio he sentido un placer igual al que he experimentado cuando, en mi juventud, leía y volvía a leer las páginas del gran maestro.

Extraído del libro *La Bataille Littéraire*. Cinquième série (1889-1890). Realistes et Naturalistes. Victor Havard, Editor. París. 1894 en segunda edición. (pag 1 a 10)

Por la traducción: José M. Ramos. Pontevedra 2009.

para <http://www.iesxunqueira1.com/maupassant>